

Viejo por accidente Identidad, narcisismo y tentativa de suicidio en la vejez

León Daniel Matusevich, Ana Laura Vega y Paula Daniela Donadio

“Es difícil imaginar, viéndola grande, que una persona ha sido joven, o mejor: es difícil imaginar cómo fue cuando joven. Cuando yo era joven ni se me ocurría. Ahora veo viejos por la calle que eran jóvenes cuando yo lo era y lo intento, con resultados espantosos. Pensarle a este señor de mejillas caídas, mirada abovada, espalda triste, un pasado flower power porro rock en los sesentas, el pelo rubio largo y el mundo por delante, es pensarle la vida que lo llevó a esto: una potencia destructora”.

M. Caparrós. *Una luna* (2009)

RESUMEN

Durante el proceso de envejecimiento se producen una serie de cambios que a veces pueden sorprender desfavorablemente a aquellos individuos más frágiles.

La pérdida de la continuidad identitaria constituye uno de los retos más significativos de los muchos que se presentan en la vejez y puede ocasionar imprevisibles consecuencias, entre las cuales la tentativa de suicidio aparecería como una manera última y desesperada de recuperar el control perdido.

La vejez trae aparejados diversos cambios, que no son vividos de igual manera por todos; la característica de cada pérdida o de cada alteración determinará la repercusión en cada uno; por eso, poder comprenderlos en esta vivencia nos permite abrirnos hacia un nuevo entendimiento de esta etapa de la vida.

A través de ella analizaremos tres historias de personas que perdieron en el camino aquello que las definía como seres humanos.

Palabras clave: vejez, identidad, tentativa de suicidio, suicidio, pérdida de control, ciclo vital.

IDENTITY, NARCISSISM AND SUICIDE ATTEMPT IN THE ELDERLY ABSTRACT

During the aging process several changes occur that may surprise unfavorably those who are more fragile.

One of the most significant challenges that occur in the elderly is related with the lost of the previous identity which can lead to unforeseeable consequences, where the suicide attempt may seem to be the last and the most desperate way to regain control.

Old age involves various changes and losses which will be experienced differently by every person according to their one personality and life story. To be able to fully comprehend this process will allow us to understand this stage of life in each singularity.

In this article we will analyze three life stories illustrating people who lost the meaning of what defined them as human beings.

Key words: old age, elderly, identity, suicide attempt, suicide, loss of control, life cycle.

Rev. Hosp. Ital. B.Aires 2018; 38(1): 19-24.

INTRODUCCIÓN

Los procesos de envejecimiento normal y patológico conllevan una serie de cambios que a veces pueden sorprender desfavorablemente a aquellos individuos más frágiles, delineando escenarios desconocidos y difíciles de afrontar. La ruptura de la continuidad identitaria sin duda constituye uno de los retos más significativos de los muchos que se presentan en la vejez y puede desencadenar en algunas ocasiones pérdida de control, tristeza, depresión y desesperanza, delineando un mapa existencial de imprevisibles

consecuencias, entre las cuales la tentativa de suicidio aparecería como una manera última y desesperada de recuperar el control perdido.

Por lo tanto, profundizar en el envejecimiento de aquellos cuya identidad se está desgarrando quizá sea la llave que nos permita comprender esos atribulados devenires, hecho fundamental a la hora de tratar de imaginar espacios psicoterapéuticos significativos en la vejez.

La narrativa es uno de los recursos fundamentales para adentrarnos en las particularidades de este proceso, por lo que —a través de ella— analizaremos tres historias de personas que perdieron en el camino aquello que las definía como seres humanos. Intentaremos establecer las particularidades y semejanzas de los recorridos vitales presentando algunas semblanzas de las personalidades en entredicho.

Recibido: 26/09/2017

Aceptado: 03/01/2018

Servicio de Psiquiatría, Hospital Italiano de Buenos Aires, Argentina.

Correspondencia: ana.vega@hospitalitaliano.org.ar

IDENTIDAD Y NARCISISMO

El concepto de identidad ha sido abordado por múltiples disciplinas, pero quizá fue Erik Erikson desde la psicología quien le concedió el estatus epistemológico que actualmente posee, al desarrollar la teoría psicosocial de la personalidad.

En la década de 1950 formuló los tres conceptos trascendentales del tema: la identidad del yo normal, la crisis de identidad y la difusión de la identidad; en 1956 retomó la definición del concepto de la identidad del yo, poniendo el eje en la continuidad de la experiencia del *self* del individuo.

Su teoría postula la existencia de ocho fases de desarrollo que se extienden a lo largo de todo el ciclo vital; estas fases están determinadas por la interacción que se establece entre el individuo en crecimiento y la realidad social que lo circunda y condiciona. Cada fase del ciclo implica tareas evolutivas que el individuo debe resolver, y el acierto o desacierto para encontrar las soluciones requeridas determinará el destino de estas.

El concepto de identidad cobra validez a partir de su formulación en función del desarrollo humano, poniendo especial énfasis en las ideas de proceso y en que la identidad individual se construye a lo largo del curso vital. La integración de las sucesivas etapas permite lograr el sentido de coherencia y totalidad que hacen a una vida vivida en plenitud.

El pasaje exitoso a través de las etapas desemboca en el estadio de la vejez donde podemos verificar una oposición entre integridad (lo esperable) y desesperanza.

En 1993, Leopoldo Salvarezza en su libro *Psicogeriatría, teoría y clínica*, revisitando a Erikson, postula su propio concepto de identidad a través de tres vertientes: la inclinación del yo al orden, la aceptación de un ciclo vital único y la aceptación de un proceso del cual el individuo forma parte.

Los cimientos para la construcción de la identidad comienzan en los primeros años de nuestra vida, se van solidificando durante la adolescencia y evolucionan a lo largo de todo el desarrollo vital, influenciados por el mundo que nos rodea. Es una elaboración personal que crece en la interacción con los otros, provocando un sentimiento de uno mismo que nos define y nos representa a la vez que nos diferencia. Queremos remarcar que la búsqueda de la identidad intenta alcanzar una imagen o un concepto satisfactorio de uno mismo, con el anhelo de ser valorados y aceptados por los demás, junto al deseo de ser reconocidos como individuos únicos e independientes.

En el año 2014, Ricardo Iacub en su obra *Identidad y envejecimiento* afirma que la dimensión temporal marca las modificaciones que se van a producir a medida que la vida va transcurriendo; de esta manera, lo esencial de la identidad en los individuos radica en la continuidad a través del paso del tiempo. Un camino

posible es la idea de que la alteración en la percepción del yo se liga a la memoria, que descubre y construye, volviendo idéntico lo que se asemeja. Esta búsqueda de un sentido de semejanza y unidad aparece como una necesidad que tiene el individuo para brindar continuidad y coherencia; así puede comprenderse y situarse en contextos específicos del desarrollo vital. Plantea que el sentido de la identidad implica la condensación de un significado de sí y de un rumbo para seguir, configurándose en imágenes, representaciones y proyecciones del sujeto; más allá de la fragmentación y su variabilidad temporal, la búsqueda de continuidades y semejanzas que integren lo nuevo desde el plano de lo conocido sigue siendo esencial (Iacub, 2011).

El proceso de envejecimiento trae consigo una serie de cambios que pueden llegar a tener consecuencias difíciles de predecir, poniendo en peligro la continuidad de la representación de sí mismo; estas modificaciones a las que se enfrentan los individuos al envejecer pueden ser muy variadas y en ciertos casos se vivencian como pérdidas graves.

Según Erikson (2000), los duelos en la vejez abarcan desde el tiempo perdido hasta el espacio agotado, la autonomía debilitada, la iniciativa abandonada, la intimidad faltante, la generatividad descuidada y la vivencia de una identidad que limita generando un profundo desconocimiento de sí mismo.

Los cambios corporales, psicológicos, sociales o existenciales pueden desencadenar modificaciones en la lectura que el sujeto realiza sobre sí mismo y que ponen en tensión su identidad.

Para algunos, la vejez, en vez de constituir una etapa de la vida atractiva y deseable, representa un período tenebroso colmado de hechos desafortunados, un temor que comienza de manera sigilosa para volverse un pesar inabarcable. Nuestra sociedad, que entroniza a la juventud casi como si fuera un valor único, propone una visión desvalorizada del envejecimiento.

Las alteraciones en el equilibrio de lo cotidiano repercuten en cada individuo de manera diferente y alteran la valoración de sí mismo; es esperable y lógico que algunos ancianos recorran esta etapa sin demasiados inconvenientes, conflictos ni sobresaltos, pero para otros las cosas son muy diferentes.

Retomando las ideas de Erikson, aquellos que lograron una mayor integración atraviesan esta etapa y son capaces de incorporar los duelos como estaciones en el recorrido vital; la meta de esta fase es conseguir la integración; por consiguiente, caen en la desesperanza aquellos que no logran desarrollarla. Salvarezza, haciendo referencia al mismo tema, infiere que el fracaso de la integración puede deberse a dos situaciones: por un lado, a las perturbaciones del desarrollo del sujeto a lo largo de su vida, principalmente en la temprana infancia, y, por el otro, a la alteración brusca

de un estado de equilibrio que, por tener característica de no esperable, adquiere la connotación de crisis.

Deteniéndose en la primera opción sostiene que aquellos sujetos que no han logrado la integridad por motivos que dependieron de un desarrollo evolutivo alterado, han estructurado su personalidad de una manera tal que los hace susceptibles a cambios y desequilibrios que, si bien pueden ser esperables, se transforman en graves perturbaciones. Aquellos que a lo largo de su evolución han desarrollado un autoconcepto más vulnerable sustentado ya sea en la posición social, el aspecto físico, las habilidades cognitivas o el poder adquisitivo, al comenzar a erosionarse dichos ámbitos, experimentan un descenso de la autoestima.

En las tres historias que proponemos podemos verificar cómo los protagonistas, al vivenciar diversas pérdidas de muchísima significación, se ven obligados a cuestionarse la propia identidad y, por consiguiente, la existencia toda. Dicho de otra forma, ¿cómo seguir viviendo una vida con sentido y no una sobrevida sin expectativas? Los rasgos de personalidad previos pueden marcar la pauta y determinar cómo serán sobrellevados los duelos.

Si bien cada relato posee su esencia particular que lo hace único, los tres protagonistas muestran rasgos narcisistas de personalidad y es aquí donde profundizaremos la característica común. En el año 2010, Daniel Matusevich y Sergio Pérez Barrero en *Suicidio en la vejez* plantean que dichos rasgos pueden haber sido funcionales al individuo en otras etapas de su vida; sin embargo, en algunos modelos de envejecimiento dificultan gravemente la adaptación al cambio.

Considerando la mayor fragilidad que presentan estos rasgos, la vejez puede presentarse como una amenaza frente a la integridad; en las personalidades narcisistas, la valoración ante sí y ante los otros configura el eje principal en la constitución de esa integridad.

La representación de sí mismo se construye bajo el signo de una escala de valores, en cuyo extremo máximo está el yo ideal caracterizado por la perfección y lo anhelado; en el extremo mínimo encontramos el negativo del yo ideal. Ahora bien, atendiendo a estos dos extremos, para los narcisistas no existe lo intermedio; por eso, si no logran la identificación con el yo ideal, indefectiblemente caen en el precipicio, identificándose con el negativo del yo (Salvareza, 1991).

En *El narcisismo, estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente*, publicado en 1981, Hugo Bleichmar, quizás el máximo teórico del tema entre nosotros, manifestó que cada sujeto posee un universo restringido de formas para obtener placer narcisista y que buscará aquellas actividades que se lo otorguen, por lo que –ante la ausencia de los objetos placenteros– se producirá un profundo desequilibrio que puede conducir al derrumbe, al que nosotros preferimos denominar quiebre narcisista de la personalidad durante el proceso de envejecimiento.

La vejez se presenta como un terreno favorable para incidir negativamente en la problemática de aquellos con personalidad narcisista, debido a que no permite contar con la flexibilidad que se requiere para enfrentar los cambios, los prejuicios sociales y los estereotipos existentes. Así, en estos individuos, cuando se producen alteraciones de la memoria, pérdida de la autonomía y disminución de las capacidades funcionales, estas conducen de manera casi inevitable a una situación de crisis aguda (quiebre narcisista), en donde la tentativa de suicidio aparece como una posibilidad o forma desesperada de recuperar el control perdido.

TRES RELATOS

Siguiendo al pie de la letra las enseñanzas de John Coetzee y Arabella Kurtz, tomamos la decisión teórica de construir las historias de manera narrativa, con la intención de obtener una comprensión holística del individuo y su historicidad, rescatando fragmentos que reflejan la complejidad de nuestros pacientes pero resguardan totalmente su identidad; de esa forma evitamos obstaculizar el proceso terapéutico (Coetzee, Kurtz, 2015).

Al respecto, veamos qué nos dice Oliver Sacks: “si queremos saber de un hombre, preguntamos ¿cuál es su historia, su historia real interior?, porque cada uno de nosotros es una biografía, una historia. Cada uno de nosotros es una narración singular, que se construye, continua, inconscientemente, por, a través de y en nosotros, a través de nuestras percepciones, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestras acciones; y, en el mismo grado, nuestro discurso, nuestras narraciones habladas. Biológica, fisiológicamente, no somos distintos uno de otros, históricamente, como narraciones, somos todos únicos...” (Oliver Sacks, 2002 p.151).

Es en esta línea que proponemos establecer el eje en el poder de cada historia para transmitirnos elementos esenciales que de otra forma posiblemente serían soslayados; por otro lado, a través de las historias, podemos llegar a comprender las motivaciones, los anhelos y las decisiones que condujeron a nuestros pacientes a tener que experimentar las encrucijadas vitales que los afectaron, en algunos casos en forma definitiva.

Aquí nos gustaría introducir las palabras de Juan Forn, obtenidas de una entrevista que le realizó José Heinz en el año 2015: “lo que me interesa es la intersección de ciertas vidas individuales con el período y las circunstancias en que les tocó vivir. Y lo que esas vidas nos dicen a nosotros, a los lectores y a mí. Sea un cantante de boleros, un sobreviviente de campos de concentración, una princesa que fue a ver a Freud porque no alcanzaba el orgasmo o un patólogo que lleva en su auto el cerebro de Einstein en un *tupperware*. En el fondo, siempre escribimos historias para entender qué nos cuentan exactamente...” (Heinz, *La Voz*, 2015).

Leila Guerriero revisitando a Talese plantea: “escribo no ficción como una forma de escritura creativa. Creativa no quiere decir falsa: no invento nombres, no junto personas para construir personajes, no me tomo libertades con los datos; conozco a gente de verdad a través de la investigación, la confianza y la construcción de relaciones. El escritor de no ficción se comunica con el lector sobre gente real en lugares reales. De modo que, si esa gente habla, uno dice lo que dijo. Uno no dice lo que el escritor decide que dijeron...” (Guerriero, 2015, p.46).

Este es el espíritu con el que hemos diseñado nuestras historias y relatos, preservando la intimidad de nuestros pacientes al extremo pero reconociendo que “solo si una prosa intenta tener vida, tener nervio y sangre, un entusiasmo, quien lea o escuche podrá sentir la vida, el nervio y la sangre: el entusiasmo...” (Guerriero, 2015, p.39).

Parafraseando a Dennis Lehane (2017), creemos que las historias que construimos acerca de nuestros pacientes nos ayudan, y los ayudan, a darle coherencia a través de las palabras al caos de la experiencia y la existencia, utilizándolas como brújulas que revelan nuevos sentidos y significados. El Parkinson constituye una enfermedad frecuente en la vejez, que se caracteriza por falta de coordinación, rigidez y temblores, y genera con el paso del tiempo una incapacidad progresiva. ¿Cómo impactaría en Antonio, de profesión fotógrafo, la noticia de este diagnóstico? La memoria nos permite seguir siendo nosotros mismos a partir de garantizar los recuerdos que van constituyendo nuestra biografía; José, intelectual distinguido y contador exitoso, comenzó con notables olvidos, lo cual lo sumió en una inmensa desesperación al percibir que su mundo interior comenzaba a esfumarse. Para María, la juventud y la belleza así como sus dotes artísticas constituían la fórmula del éxito para su vida como cantante lírica, lo cual configuraba su identidad existencial; al cumplir los 80 años, todo cambió y dejó, simplemente, de reconocerse a sí misma.

En nuestras historias el hecho de envejecer no constituye una etapa más en la vida de nuestros pacientes, es el momento en el que el paso del tiempo arrastra una parte de ellos, se lleva su identidad.

La pregunta del fotógrafo

Antonio era muy amable y cordial a la hora de entrevistarse. Fotógrafo distinguido, había sido premiado en varias oportunidades por sus trabajos publicitarios. Lo diferenciaba de los demás la pasión y el empeño por capturar un “momento único”; según él “cada foto es un arte, mezcla de imaginación y calidad...”.

A los 80 recordaba que, con mucho esfuerzo y perseverancia, había logrado tener su propio estudio fotográfico en los años de juventud.

Nacido en una familia humilde, creció en un conventillo donde aprendió a desenvolverse desde muy pequeño;

necesitaba ganar dinero para así poder ayudar a sus padres. A los 13 años conoció a un alemán, dueño de un prestigioso estudio fotográfico, que le hizo una propuesta que cambiaría su vida para siempre: “te doy 15 pesos si sos mi cadete, o 10 si sos aprendiz...”. Sin dudarlo un segundo, escogió la segunda opción y así Antonio emprendió su recorrido como discípulo del reconocido fotógrafo extranjero.

Con la promesa cumplida, adquirió infinidad de conocimientos en el arte de la fotografía, volviéndose experto en el área y habiendo adoptado a la profesión como un modo de vida.

Esfuerzo, perseverancia y pasión constituían el motor para Antonio, quien montó su propio estudio fotográfico, logrando afianzarse cada vez más en este arte que era “una mezcla de oficio y profesión... es mi pasión, es lo que soy...”.

Cuando recibió el Clio Awards, sintió que había alcanzado la cima de la carrera, “en ese momento sentí que había tocado el cielo con las manos...”. Con poco más de 60 años cumplidos era considerado un referente en el mundo de la fotografía publicitaria.

Formó su familia, se casó con Laura y con ella tuvo dos hijas, “soy el sostén de mi esposa y mis hijas... si me caigo yo, se cae todo, siempre fue así, el sostén emocional y el sostén económico...”.

En la séptima década algo empezó a no andar bien; cuando tomaba una foto, tenía que repetirla una y otra vez ya que un temblor en sus manos no le permitía enfocar. Se sentía lento y comenzó a sufrir dificultades en la marcha; al principio las desestimó, nada que él no pudiera controlar. Pero habiendo transcurrido un par de años, los movimientos se tornaron inmanejables por lo que acudió a la consulta médica. Cuando le diagnosticaron Parkinson, su vida se desplomó; las palabras del médico resonaban una y otra vez en su cabeza.

Todo se había derrumbado, se encontraba perdido, se desconocía. Entró en una profunda tristeza y desesperanza pues, si no era fotógrafo, no era nada.

Comenzó con dificultades para poder lograr un buen descanso, sentía miedo, ansiedad y no podía quedarse solo. Cada vez más retraído, no salía de su hogar, sin ganas de hacer nada hasta que de a poco dejó de ir al estudio: “yo sentía que se me escapaban las imágenes, me estaba empezando a quedar solo...”.

Un día decidió enviar la orden a sus ayudantes de que quemaran todo su trabajo; y, así, las fotografías ardieron en llamas y quedaron reducidas a un montón de cenizas que eran no solo los restos de aquellas sino también de su vida toda.

Es el día de hoy que sueña con las fotos y se visualiza trabajando en ese estudio que tanta satisfacción y placer le brindó: nos dice que en los sueños se siente muy bien.

Conocimos a Antonio después de realizar una tentativa de suicidio dejando encendidas las hornallas de gas en su casa.

Por las dudas que me pierda

José, de 87 años, impecable como siempre, fue traído a la guardia por sus hijas: “por momentos se desconecta, habla sin sentido y no nos reconoce...”.

Contador público, había trabajado intensamente hasta el momento en que se jubiló; en sus tiempos libres pasaba largas horas en la biblioteca que había formado a lo largo de varias décadas y se convirtió en un verdadero museo para la familia. Los libros eran su pasión, podía recordar detalles exactos de lo leído así como personajes y autores.

Se había casado muy joven con Emilia, construyeron juntos una familia y una vida; un día envejecieron, se cuidaban uno al otro hasta que comenzaron los problemas.

“Mis papás son las típicas personas que todo lo resuelven sin aceptar ayuda de nadie... hace unos meses con mi hermana empezamos a notar que [papá] se olvidaba de pagar algunas cuentas y hasta llegó a salir de su casa sin las llaves... minimizaba todo, siempre tenía un justificativo... ellos seguían viviendo solos, no querían a nadie más en la casa... hasta que mi mamá se enfermó, la tuvimos que internar varias veces el último año, la situación cada vez iba peor y terminó con la cadera fracturada... decidimos llevarla a una residencia... acá empieza otra historia...”. A partir de este momento, los acontecimientos se precipitaron y José parecía haber perdido el rumbo.

Retomando el comienzo, contestaba sin problemas las preguntas iniciales y mostraba un llamativo buen humor; sabía dónde estábamos, por momentos se perdía pero siempre volvía. Cuando se daba cuenta de lo que le sucedía se enojaba: “Usted es muy joven y no entiende, hablemos de cosas importantes...”.

Las hijas eran las responsables de haberlo separado de Emilia y se lo hacía saber cada vez que las veía: “yo siempre hice lo mejor por mi familia, de repente se llevan a mi esposa a un geriátrico, ni siquiera me lo consultan, ¿qué puedo esperar ahora?...”.

Ellas nos relataron que él dormía acompañado de un portafolio al cual no abandonaba en ningún momento del día; allí guardaba todos sus documentos y la libreta matrimonial: “es por si un día me llego a perder del todo, doctora...”.

Conocimos a José habiendo realizado una tentativa de suicidio: tomó toda la medicación de Emilia que quedó en la casa. Dejó una nota de despedida.

Vieja por accidente

María estaba atravesando una etapa de su vida en la que nada tenía sentido: a los 80 años había tomado conciencia del paso del tiempo y sus implicancias.

Con la frescura de sus 20 decidió entregarse al mundo de la lírica, desarrollando una carrera como soprano en un emblemático teatro de Buenos Aires. Su voz podía hacer estremecer al espectador más exigente y, a modo de encantamiento, la función siempre finalizaba con el público de pie aclamando a la seductora joven que hacía reverencias desde el escenario.

Durante el proceso de formación como cantante de ópera ella fue feliz; inició su carrera en el Instituto Superior de Arte y completó sus estudios tomando clases con maestros particulares, muchos de ellos italianos; luego realizó varios viajes a Europa en busca de quienes ella consideraba los mejores para perfeccionarse: “cuando ya no me podían enseñar nada más, los cambiaba...”.

De modo casi natural transitó rápidamente del aprendizaje a la enseñanza y así transmitió su saber dando clases de canto. Como no podía ser de otra manera, la exigente alumna se transformó en exigente maestra, al punto de que solo unos pocos alumnos podían sostener la demanda de las clases y brindar dedicación absoluta a la formación. Los años pasaron y su vida transcurrió de función en función, hasta que llegó la vejez: “trato de evitar los espejos, pero el otro día me tomó por sorpresa y me vi... ¿Quién es esa señora arrugada? Esa no soy yo, tan linda que fui siempre, ahora una vieja de 80 años...”.

Su círculo social se fue reduciendo cada vez más; su compañera más cercana era una vecina del edificio con quien compartía las tardes en la plaza. Después de un tiempo, salir de la casa se transformó en un desafío difícil de afrontar; los encuentros comenzaron a espaciarse. La vecina anunciaba su llegada con unos golpecitos en la puerta; sin previo aviso, esos golpes cesaron y finalmente María tomó noticia de que su amiga estaba enferma y los hijos se la llevaron a vivir con ellos.

El miedo la invadió y ese sentimiento de soledad que había comenzado a instalarse sigilosamente se extendió al punto de atormentarla día a día; la pérdida de la última amiga fue un impacto que marcó un antes y un después en su vida. Pero aquello no era lo único que le estaba sucediendo: comenzó a registrar sus propias limitaciones físicas. Frente a este panorama un exalumno la invitó a quedarse con él por un tiempo; fue peor el remedio que la enfermedad ya que una noche, camino al baño, tropieza con un mueble y se rompe la cadera: “me caí porque no estoy acostumbrada a ese living, no me acostumbro a donde están los muebles, además el piso estaba resbaladizo...” , reconociéndose así, vieja por accidente.

Conocimos a María en la sala de internación de psiquiatría, después de haber intentado dispararse un tiro con un arma de fuego.

REFLEXIONES FINALES

En estas tres historias es evidente que la combinación entre el sentimiento de extrañeza y la sensación de pérdida de

control configuran un escenario de suma complejidad y en algunos casos sin retorno.

La pérdida de las funciones intelectuales, del estatus social y de las capacidades físicas redefine un mundo hostil y desconocido del que nuestros pacientes se defienden intentando de manera desesperada conservar algo de lo que se está perdiendo.

Antonio, José y María supieron capitanear sus propia vida, siendo independientes, habiendo asumido responsabilidades de crecimiento y obteniendo grados lógicos de felicidad.

Para Antonio, mantener el control conductual significaba conservar su identidad personal; tomar una foto iba más allá de capturar una imagen, constituía la forma de conectarse con la realidad, por lo que el resultado no era una simple percepción del mundo externo, sino más bien una representación de sí mismo; la pérdida de control conductual representada por el Parkinson le arrebató el sentido del ser y la existencia toda.

No haber sido consultado con respecto a la institucionalización de Emilia implicó para José un punto de quiebre irreversible, que se agudizó con el progreso sistemático de las dificultades cognitivas.

Caidas, sondas vesicales y andadores eran señales que María no podía desestimar; su cuerpo ya no le pertenecía, el destino no estaba en sus manos, había perdido toda la confianza en sí misma.

Los relatos nos muestran cómo el ser y la profesión se fueron fusionando a medida que el tiempo transcurría. Matusевич planteó en el año 2010 que la identidad de las personas con rasgos narcisistas está definida por lo

que hacen, no por lo que son; en consecuencia, dejar de trabajar implica dejar de ser, concretamente caerse en el abismo de los que no tienen identidad.

Aquellas personas con envejecimiento normal van modificando las formas de obtención de “placer narcisista”; evitan quedar detenidas en la repetición estereotipada de un mecanismo que conduce de manera inexorable a la desesperación, para pasar a significar otros modos posibles.

La desesperación se expresó de manera diferente en cada caso: memoria, autonomía y ciertas pérdidas condujeron al quiebre narcisista ya que no pudieron ser reemplazadas por nada ni por nadie. La vejez trae aparejados diversos cambios, pérdidas y nuevos escenarios, los cuales no son vividos de igual manera por todos: la característica de cada pérdida o de cada cambio determinará la repercusión en cada uno.

Para estos individuos, la conciencia presente de lo que fueron –en contrapartida de lo que son– constituye la base de la discontinuidad de su propio ser; por eso, poder comprenderlos en esta vivencia nos permite abrirnos hacia un nuevo entendimiento de esta etapa de la vida.

Estar atentos y vislumbrar esos movimientos nos habilitará a proponerles esquemas psicoterapéuticos que estén a la altura de los desafíos que ellos nos plantean, con el objeto de disminuir la cantidad de veces que la tentativa de suicidio sea considerada seriamente como una opción válida.

No podremos cambiarles el contexto existencial, pero quizá podamos conseguir que se sientan menos solos en el recorrido, y, sabemos, no es lo mismo viajar solo que viajar acompañado.

BIBLIOGRAFÍA

Bleichmar H. El narcisismo, estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente. Buenos Aires: Nueva Visión; 1981.
 Caparrós M. Una luna. Barcelona: Anagrama; 2009.
 Coetzee J M, Kurtz Arabella A. El buen relato. Barcelona: Literatura Random House; 2015.
 Erikson E. Ciclo vital completado. Barcelona: Paidós; 2000.
 Erikson E. Identidad, juventud y crisis. Buenos Aires: Paidós; 1968.
 Guerriero L. Zona de Obras. Buenos Aires: Anagrama; 2015.

Heinz J. Reportaje a Juan Forn. *La voz*. 16/07/2015.
 Iacub R. Identidad y envejecimiento. Buenos Aires: Paidós; 2014.
 Lehane D. El país. Suplemento Babelia, p. 8. 21/01/2017.
 Matusевич D, Barrero S. Suicidio en la vejez. Buenos Aires: Polemos; 2009.
 Matusевич D. La razón narrativa: apuntes de psiquiatría y narrativa. Vertex. 2016; XXVII: 291-8.
 Matusевич D. Suicidio en la vejez: análisis de *La Humillación* de Philip Roth. 2010, Vertex. 2010; XXI; 306-13.

Sacks O. El hombre que confundió a su mujer con un sombrero. Barcelona: Anagrama; 2002.
 Salvarezza L. La vejez, una mirada gerontológica actual. Buenos Aires: Paidós; 1999-
 Salvarezza L. Psicogeriatría, teoría y clínica. Buenos Aires: Paidós; 1993.
 Salvarezza L. Vejez, medicina y prejuicios. Vertex. 1991; II:129-36.
 VV.AA. Gran Diccionario Oxford español-inglés/ inglés-español. Oxford: Oxford University Press; 2008.